

ESTUDIANTE

GUILLERMO PRIETO

MUSA
CALLEJERA



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA

MEXICO, 1940

BIBLIOTECA DEL

UNIVERSITARIO



MUSA CALLEJERA

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

17

GUILLERMO PRIETO

MUSA
CALLEJERA

Prólogo y selección

de

Francisco Monterde

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
MEXICO

1 9 4 0

Las obras de Guillermo Prieto darían material para varios tomos de la Biblioteca del Estudiante Universitario.

Habría que seleccionar, desde luego, capítulos de sus *Memorias* —aún inédita la última parte que llega a 1876— y de sus otros libros en prosa: el inconcluso *Viajes de Orden Suprema* en que continúan aquéllas, *Los San Lunes de "Fidel"*, *Viaje a los Estados Unidos* e *Historia Patria*; páginas que guardan el testimonio de quien no sólo fué espectador sino también actor, en algunos dramáticos episodios de la vida de México.

A D V E R T E N C I A

Quede para futuros volúmenes la selección de esas obras y de sus poesías —excluidas éstas de la *Musa Callejera*—, con un estudio biográfico del autor y un juicio crítico acerca de los múltiples aspectos que ofrece.

PROLOGO

El amplio ciclo vital de Guillermo Prieto (1818-1897) abarca la mayor parte del siglo XIX. Fué éste, lo mismo en nuestro país que en otros de Hispanoamérica nacidos por entonces a la vida independiente —por la desintegración del dominio español que dió origen a nuevas nacionalidades—, el siglo romántico. Siglo en que se improvisa todo: ejércitos y constituciones políticas y en que se inicia la revolución social aún no liquidada.

Al ritmo desigual, intermitente de aquel siglo, se adapta la existencia de Guillermo Prieto. Plácida en sus primeros años; inquieta en la juventud y en la madurez, se tranquiliza en la ancianidad, al mismo tiempo que en la historia nacional hay un artificioso remanso después de continuas turbulencias.

EL HOMBRE Y SU TRANSITO

La obra de Guillermo Prieto, realizada en su mayor parte en aquella época de continuas agitaciones, descubre la improvisación de una cultura; va envuelta en el inevitable Romanticismo: un Romanticismo superficial, más bien externo que íntimo, consecuencia del ambiente.

Entonces, como ahora, para vivir tenía un poeta joven que ser empleado público. Guillermo Prieto lo fué, en el Ministerio de Hacienda. Pasó por la Aduana y anduvo, como Visitador de Tabacos, en Zacatecas, antes de obtener una curul —que le proporcionó triunfos, como orador parlamentario— y desempeñar la misma Secretaría de Hacienda, de la que salió sin ganancias de pescador en río revuelto.

Economista, en días de arbitrista; literato, periodista, historiador, logró elásticamente amoldarse a las condiciones, propicias o adversas, en que hubo de actuar. Si, como hombre honrado, salió ileso de todas las pruebas, como escritor —y sobre todo como poeta— su obra se resintió, a menudo, de una desigualdad atribuible a esas mismas vicisitudes.

Por encima de las ambiciones políticas, con desinterés y nobleza, colocó una ambición más alta: quiso llegar a ser el poeta nacional, y algunos de sus coetáneos —adulaciones aparte—, creyeron que lo era.

Si la posteridad lo ha puesto en duda —¿cuál de los romances que figuran en su vasto Romancero Nacional pasó a manos del pueblo y se repitió, como un “corrido” anónimo?— y si le niega ese título, todos sabemos que gozó de indiscu-

tible popularidad; más que por sus versos patrióticos ahora apenas leídos, por las actitudes, con frecuencia teatrales, que adoptó en su propia vida.

Se le evoca en la vejez, animoso aún; erguido, socarrón y desaliñado; con algo de un Víctor Hugo local, sin obras magnas. Se le ve codearse, en las tertulias, con los literatos —como decano fundador de la Academia de Letrán—; con los tipos populares, en sus callejos, ya sin musa, con cualquier espontáneo lazarillo: abuelo, alternativamente bondadoso y sarcástico, que tutea a quienes le saludan —aunque no los conozca— y dispara saetas contra aquellos a quienes mejor conoce.

Sin el alto pedestal de Hugo; sin el rayo certero de Los Castigos, no dejó de tener un blanco adecuado —el Emperador con su corte— para clavar en él agudas flechas literarias. El dió, con los versos satíricos de “Los Cangrejos”, un himno a los liberales. En las luchas de Reforma, padeció persecuciones; emprendió viajes, con frecuencia forzosos, que le permitieron ver con atención y curiosidad las costumbres de su país y del ya influyente vecino.

Ultimo rasgo: fué profesor de Economía Política y de Historia Patria. “Muy querido de mis discípulos —advertía—, por amenizarles las cátedras que les daba... contándoles mis aventuras”.

EL POETA EN BUSCA DEL PUEBLO

“Fidel” no se encontró de pronto con la forma popular de su poesía. Fué cortejando a su musa, a través de influen-

cias españolas, en colaboraciones a diversos periódicos: "El Correo de México", "El Semanario Ilustrado", "El Federalista", "La República", "El Correo del Comercio", "El Diario del Hogar", y la buscó y la halló —al encontrarse— mientras corrían los años.

Tropezó en esa búsqueda con el avaro de "Lo positivo", con matrimonios grotescos, visitas impertinentes, políticos imperialistas, tipos afrancesados. Oyó murmuraciones, conoció hipocresías; tuvo que soportar los antojos de marisabidillas y de "nenes" ridículos, la vista de algún hombre de importancia, de uno de tantos jactanciosos. Observó a los evangelistas. Protestó contra modas absurdas y se burló del "gran tono cimarrón".

Afrontó el clima extremoso, en el invierno y el verano; viajó por la República y criticó lo mismo lo antiguo que lo moderno, porque, como periodista, le interesaba, ante todo, la actualidad.

En sus viajes, halló figuras que la tradición consagrara, como "El cura de Jalatlaco"; inventó otras: Juan Copete, Concha Boria; recogió —y creó— proverbios y refranes, para sus letrillas.

Cuando al fin dió con la musa callejera, recorrió en su compañía plazas y mercados; se metió en vecindades y accesorias; estuvo en "luces" populares y fiestas de gente de rompe y rasga. Se divirtió con el pueblo —antes de que "Facundo" tomara instantáneas de la clase media—, en bodorrios y sacamisas, convites y bailes.

Con su musa, "Fidel" salió al campo, a veces, a presenciar lances de charrería y pasear por Ixtacalco, en canoa.

Compañero en alegrías y dolores, con ella se asomó a la cárcel y al hospital; fué amigo de valedores de barriada; enemigo de los grises, de la policía, de los tinterillos, y amigo de un buen juez: Joaquín Escoto.

Pero, más allá del arrabal, fuera de México, ciudad niña, estaba la República amenazada por la segunda invasión, por el Imperio. Para combatir con la pluma —en "El Cura de Tamajón", "El Monarca" y "La Chinaca"—, Guillermo Prieto abandonó la zona del suburbio, el dominio de su musa, de la que sólo se había separado, de tarde en tarde, con veleidades de rimador semiculto.

LO ESPAÑOL TRADICIONAL

Aunque conmemore la iniciación de la Independencia, dé vivas a los libertadores y haga burla de los virreyes, Guillermo Prieto es casi tan español como mexicano. Por eso se sitúa, primero, dentro de la tradición hispana y figura después en el grupo de los románticos no afrancesados.

Sus romancillos —romances mínimos— son astillas del gran tronco del romancero, que arraiga en el Cantar de Mío Cid y otros cantares de gesta. Por ello, sus héroes hermanan con los nacidos en las repúblicas del Plata, y su poesía, con la primitiva de los gauchescos. En los romances dialogados de uno y otros, hay ecos de las églogas y de los baluceos iniciales del teatro español. Importa señalar ese parentesco.

En su poesía semiculta, hay también resonancias de los satíricos y de los fabulistas del XVIII. Del prosaísmo de éstos, heredó la manera llana de expresarse.

A la picaresca deben más de un trazo los léperos y los rotos de "Fidel". Pero es aún mayor su deuda con España, si se toma en cuenta a los costumbristas: de Larra a Modesto Lafuente, pasando, como es natural, por Mesonero Romanos.

Tampoco podía olvidar los moldes de la poesía castellana. Si no bastaran las combinaciones usuales de la métrica española —décimas, octavas, quintillas, redondillas—, lo confirmarían las letrillas y los castizos boleros, en lo festivo.

En la Musa Callejera, sólo por excepción aparecen el soneto y la silva, y el terceto endecasílabo empleado para la sátira social y política. En cuanto a sus anacreónticas, hay que verlas como resabio del neoclasicismo.

También por el antecedente de algún fabulista hispano puede explicarse el uso, restringido, de pentasílabos y hexasílabos.

El metro preferido por Guillermo Prieto, como puede observarse en esta selección, es el octosílabo, el verso de los romances, que es también molde predilecto de los románticos españoles. A él tendremos que volver, al examinarlo como romántico.

EL NACIONALISTA MEXICANO

Si en su Romancero hace vibrar insistentemente la cuerda patriótica, el mexicanismo tricolor tampoco falta en la Musa Callejera. Su exaltado nacionalismo se justifica por los sucesos que presenció, pues sabemos bien que el nacio-

nalismo se acentúa cada vez que la integridad de un país se ve amenazada. El arte que rebasa los reducidos límites de una ciudad, de un pueblo —el arte universal—, se asienta en la confianza de una paz armónica, estable.

Prieto, mexicanista, no aspira a que su voz trascienda más allá de las fronteras de su patria. Para la Musa Callejera, la patria chica —México— apenas llega más allá de la traza antigua, de los confines virreinales.

Limitada por el escritor, voluntariamente, la zona en que se mueve, el lenguaje tendrá que ser, como los asuntos que trata, local. El castellano de los libros de escuela, se carga de giros locales, de mexicanismos. Si no inventa los tipos callejeros, sí crea formas populares de expresión que, de sus versos publicados en los periódicos, pasarán luego al escenario.

Es fácil reconocer, todavía hoy, en aquellos teatros en que los autores están más cerca del pueblo, a pesar de la transformación debida al tiempo, a las costumbres importadas, muchos de los tipos que animó "Fidel". Tipos de la ciudad —del barrio— y del campo. (El indio sólo aparece una vez, deformado, en el "Capricho indígena").

Guillermo Prieto no sólo trata de conservar, en sus poesías, algo de la impresión que aquéllos producen, por su aspecto exterior. Exalta éste y al mismo tiempo hace que la mujer y el hombre no sólo vistan de manera típica sino que reaccionen mexicanamente.

El hombre de la Musa Callejera es astuto, celoso, tenaz y, con frecuencia, cruel; la mujer, abnegada, valerosa, pronta en la ingeniosa réplica. Uno y otra conocen sus debilidades

y saben encontrar, en medio de la miseria económica, el modo de satisfacer sus caprichos, de pagar sus pequeños lujos, de olvidar su pobreza, con improvisados festejos. ¿No es así aún, en buena parte, el mexicano, como lo conoció "Fidel" hace un siglo?

ROMANTICISMO, REALISMO

Superficial, aunque menos de lo que se supone, es el romanticismo de Guillermo Prieto. Se percibe, desde luego, en la forma: el verso de arte menor —romance, octavillas románticas—; en la expresión llana, intencionalmente vulgar, para acercarse a los humildes, y en la actitud con que los contempla, lleno de simpatía y compasión, también románticas. Menos didáctico y razonador que Fernández de Lizardi, hasta cuando amonesta y reprocha, hay en Guillermo Prieto una ternura romántica, una emoción de lágrimas contenidas. Algún monólogo se resuelve en llanto; aunque "Fidel" vuelve a reír más tarde.

Risa y llanto, alternados, en contraste. Procedimiento romántico y recursos románticos: teatralidad, en la presentación y en el desenlace. Su alegría estalla en plena luz. Sus dramas se resuelven, de pronto, en la sombra. Románticamente, sincronizadas, caminan de acuerdo la naturaleza y la muerte. Pero esta última importa menos que la prisión y el sufrimiento de toda una vida.

A través de la sátira social, el escritor fraterniza con el hombre que está fuera de la ley; pero, románticamente, a la vez, se pone de parte del eterno femenino: brava hembra de

placer, esposa abnegada. Pintadas por él, las mujeres son más generosas que los bandidos generosos.

Implacable con lo feo y lo viejo, sonríe a la juventud femenina, aunque para cantarla emplee una trillada adjetivación: divinos (ojos), tirana (suerte), y sus "Ternezas", como algunas de las poesías de Campoamor, son absurdamente conmovedoras.

De su romanticismo formal, engendrado más bien por éste, proviene el soplo de realismo pesimista, que pasa por algunos romances dolorosos, como el trágico de "La Migajita". Romántico y realista a la vez, su cuento "El Callejón del Muerto" realiza en broma lo que Peza y Riva Palacio tomarán en serio en sus tradiciones y leyendas mexicanas.

Pero no todo ha de ser aciertos: si en lo narrativo aligera a veces los pormenores, en lo descriptivo abruma casi siempre. Aunque esto último sólo es resultado de una limitación: la zona en que se mueve.

LA ZONA EXPLORADA

Voluntariamente, se escribió arriba, el autor de la Musa Callejera limita la zona explorada. El, que tuvo como escenario, para moverse, la República entera —y aun, a veces, tierra extraña—, desde cualquier punto en que esté, aquí sólo enfoca esa zona intermedia entre la ciudad y el campo: el arrabal, el suburbio, las goteras de México, la barriada.

Las excursiones fuera de ella son evasiones de la rutina, como los paseos campestres y el atisbo de costumbres norteñas. Ya feche sus composiciones en Béjar o en Querétaro, "Fidel"

se preocupa sólo por el barrio en que fermentan basuras y desechos sociales, como si únicamente allí le interesara seguir los pasos de sus personajes.

Consecuencia de ello es la observación minuciosa, atenta, que se complace en describir: líneas, colores. El cuadro de costumbres se aproxima, por definición, a la acuarela; pero también se hace costumbrismo en óleos y miniaturas. En éstas, tanto como el color, o más que él, importa el detalle. "Fidel" acude a la enumeración: rótulos, nomenclatura. Adopta la fórmula —que le parece infalible—, y enmarca el cuadro como si abriera una ventana para ver siempre el mismo rincón arrabalero.

Los resortes no son muy variados. Se repiten en Prieto, en Gabriel y Galán o en Chamiso. Y se aplican aún, entre nosotros. Son éstos, la narración o el monólogo, hechos con léxico vulgar que cierra un comentario con palabras cultas y el cuadro descriptivo, en que se intercala un diálogo, que confina con el teatro.

LO TEATRAL

El sainete.—Aunque como autor teatral "Fidel" haya fracasado, contribuyó a la creación de un futuro teatro nacional; allanó el camino al sainete. En las "Glorias del barrio", en los versos que entremezclan las murmuraciones de las vecinas y en cuadros como "El roto y la china" —que aún se repiten, con variantes, en algunas obras de "género nacional"— está, en embrión, el sainete mexicano.

Los autores sólo tienen que poner, en esos cuadros, la alusión que los liga con la actualidad. El resto lo puso el autor de la Musa Callejera, implacable con viejas y muchachos; malicioso e intencionado cuando escribe en leperusco: acertado, sobre todo, en sus versos festivos, como se verá luego.

El drama.—Alterna con el sainete, en las mismas páginas. Lo causan la pobreza, la injusticia, la leva. Singularmente, los celos.

Herida o muerta por el amante celoso —si no tiene el ingenio de la protagonista del "Romance cristiano" para desvanecer las sospechas oportunamente—, la mujer del pueblo se sentirá satisfecha por haber sido elegida como víctima, o dará muerte a la rival, para que el hombre la tema, aunque lo pierda. Guillermo Prieto insiste, una y otra vez, en los mismos asuntos, con variantes muy leves.

Como en las estampas populares —García Lorca volvió a encontrar el camino—, sobre el fondo del drama se recortan, a la manera impresionista, las siluetas de los guardas, y la luz de las linternas hace más amarilla la cara del caído:

Gran cerco forman los guardas
en que los faroles brillan,
llegan cabos de a caballo
y soldados y camillas.

HISTORIA Y SATIRA

En la Musa Callejera "Fidel" no se olvida —no podía olvidarse— del momento en que vive. La historia es arcilla

blanda, en las manos de aquellos hombres de la Reforma: la modelan a su antojo. El está en su sitio, responde al llamado de la voz popular, cuando alude a sucesos y personajes; no sólo aquellos, de primera fila, en uno y otro bandos —Juárez y Maximiliano—, sino también los del segundo término, en el escenario político y en el partido que combaten los chicanos: Almonte, Forey...

Lástima que Hilarión Frias y Soto, al prologar la segunda edición de las poesías festivas de "Fidel" —la de 1883—, se remonte hasta Brahma, en vez de evocar la época de luchas en que vivió Prieto, los treinta o cuarenta años anteriores a esa fecha.

Tendríamos, entonces, detalles curiosos, aunque fueran ínfimos, acerca de tantos personajes a quienes alude —Luis Cuevas, Ramírez Siliceo, Tornel, Arriaga, Otero, Alcorta—, como los que tenemos de Guillermo Prieto, por las páginas de Riva Palacio, Peza, Urbina, González Obregón, Federico Gamboa, Rubén M. Campos, José de J. Núñez y Domínguez, Salvador Ortiz Vidales.

El poeta satírico y costumbrista empleó el romance objetivo de los ciegos, sin infundirle aliento lírico. Alfonso Reyes, al hablar de los romances de la Musa Callejera, en su estudio *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, afirma que "torció constantemente lo espontáneo de sus inspiraciones con propósitos de sistematización poética". Fue más certero, dice, el poeta festivo: "cultivó, con mayor éxito que otro género alguno, el clásico humorismo aquél, conceptual, reflexivo y dialectizado, que parece un ocio de la plu-

ma, un momentáneo abandono del espíritu —hecho ya a caminar siempre bajo los castigos de la disciplina retórica—, aquel humorismo que ni siquiera necesita provocar a risa, de que tantos ejemplos hay en las letrillas y jácaras españolas, en Quevedo, en Lope y en Góngora". Y agrega: "Claro está que los motivos de este humorismo no son exactamente los mismos de los modelos españoles; claro está que sólo el procedimiento se ha conservado. Los títulos solos suelen anunciarlo:

"Rasgao y muy accidentao romance de penas y glorias o sea revoltura de recuerdos.

"Gran romance de dolores y gozos y una de clavar el pico.

"Rumboso y muy planchao romance con trama histórica.

"Títulos todos que no parecen sino gritados en la feria y como para llamar la atención de los paseantes desde algún improvisado garito".

EL RETORNO A "FIDEL"

A Guillermo Prieto, de tarde en tarde olvidado, se vuelve ahora —se volverá siempre— porque sembró, en tierra fecunda, semillas que después han dado fruto.

Sin penetrar hasta la raíz, en su Musa Callejera —no llegó al "corrido", se quedó en el romance—, acierta a recoger mucho del pueblo, a pesar de todo lo que en espontaneidad sacrifica.

P R O L O G O

En su esfuerzo por hallar un camino propio a través de lo español tradicional, para fijar el acento mexicano, osciló, a pesar suyo, entre lo popular y lo culto.

Su incertidumbre es, para nosotros, explicable. Su devoción, ejemplar: "Fidel" amó a su patria y supo, fiel al seudónimo elegido, tener fe indestructible en ella.

FRANCISCO MONTERDE.

SATIRAS Y VERSOS FESTIVOS



¡EL AUTOR!

Sombrero desgobernado,
obtuso, medio en desván,
un verdioso barragán,
herido y desparpajado.

Un enfermizo calzado,
mi cigarro, mi *chantró*,
y un corazón que nació
para el amor y el placer,
sin a naiden menester,
sano y listo: así era yo.

Era la luz mi festín
y mi alcázar regio el cielo,

era cual de águila el vuelo
el vuelo de mi magín.

Iba armando sanquintín
por doquiera mi pasión
para anublar mi razón;
pero al fin todo cedía,
dominando la alegría
mi entusiasta corazón.

Novelas y cuentos de hadas
torné penas y pobreza,
y leyendas regaladas
mis cuitas y mis tristezas.

Regando doquier ternezas
me halagaba la amistad,
y la risueña beldad
confesaba, en su abandono,
que eran mi reino y mi trono
las casas de vecindad.

Los capenses de mi grey,
despiertos, enamorados,
flojos, mal averiguados,
sin atadura y sin ley.

Burlando a Roque y a Rey,
en inconstancia prolija,
juntaban en la valija
de mínimos y mayores,
chinas, juegos y acreedores,
con Iriarte y con Nebrija.

¡Oh, qué lindo era salar
y causar nuestro desfalco,
un paseo de Ixtacalco,
con fandango y merendar!

¡Oh, qué lindo era el pasar
de las horas placenteras
viendo alegres sementeras,
oyendo dulces canciones
con flautas y bandolones
entre alegres costureras!

¿Qué valió junto a mí Homero,
ni Virgilio, ni ese Dante
de amarillento semblante
que pide sepulturero?

Yo cantaba placentero
de la patria las victorias;
me iluminan las memorias
de sus hazañas divinas,
y me endiosaban las chinas,
que lloraban con sus glorias.

Hoy que el alma es contrabando
e impera lo positivo,
no queda sino el *archivo*
para el que está viejetando.

Hoy reprimo suspirando
a mis solas mi cantar,
hoy es preciso borrar
de mi pasado las huellas,
pues falta tiempo a ellos y ellas
para sumar y restar.

PAPELES REZAGADOS

Aquí do ustedes miran
 mis delatoras canas,
 y ríen cuando gruñen
 mis anchas alpargatas;
 ustedes que a mis cuellos
 han dado en llamar sábanas
 y audaces mis mejillas
 comparan con las pasas,
 sepan que pastorcillo
 fui en edades pasadas;
 mas no de esos pastores
 que las leyendas cantan,
 de mastín conceptuoso,
 de zampoña o dulzaina,
 rompiéndose la nuca
 por correr tras las cabras,
 voraces engullendo
 los quesos y las natas,
 o en competencia ansiosa
 llorando de una ingrata
 que no quiere palomas
 o no come manzanas...

Yo en huertas espaciosas
 o fértiles cañadas,
 o bien Chapultepeque
 nido y placer de mi alma:
 al pie de sus sabinos
 o viéndome en sus aguas,
 o en jardines de rosas,
 de plúmbagos y acacias,
 de fuentes que embellecen
 espléndidas estatuas,
 en donde la camelia
 nos parece que se aísla
 con el *pájaro-mosca*
 en amorosa charla,
 de aromas y de acentos
 que a competencia embriagan.

Donde se vierte en grupos
 que ricos se derraman
 la exuberante hortensia
 con pompa y sin fragancia;
 donde en ancha glorieta
 los fresnos se levantan,
 y llueve el sauz profuso
 sus cabelleras largas;
 entre ellas el almendro
 de flores delicadas,
 en torrentes sus hojas
 riega al soplar las auras:
 todo a esa luz que besa,
 todo a esa luz con alma,
 a esa luz que acaricia
 de mi adorada patria.

Allí, en vez de esas nueces
de empedernidas cáscaras,
y ese comer tendidos
tan digno de las ramas,
hay mesas opulentas
que ostentan ricas galas;
vergeles por las flores,
palacios por las viandas,
por plata y por cristales
juguetes de las hadas
do el rubí y el topacio
hechos vinos aguardan
los besos del contento
para alegrar las almas.
En lugar de pastores
con las manos rajadas,
que en vez de una caricia
si les viniese en gana,
en medio de la frente
os den una pedrada,
defensa de sus fueros
de honestidad huraña,
muchachas elegantes
como duras muchachas,
coronadas de flores,
como la nieve blancas.

Con chicos que al contento
en irritante llama
tributan amorosos
el culto de las gracias;
ninguna lanza tiros
con groseras aljabas:
ellas con sus sonrisas

dominan a las almas;
ninguna tiene manos
para el biello y la azada,
sino manos tan breves
que una rosa ocultara,
y salpican diamantes
como a la flor las aguas.

¡Oh campo! ¡oh dicha! ¡oh vida!
¡oh mi infortunio! ¡oh patria!
así fuí pastorcillo
en edades pasadas.
Y por Dios que a despecho
de Virgilio y sus galas,
hoy su solo recuerdo
es el placer de mi alma,
no embargante, queridos,
los años y las canas.

CONTRA EL GRAN TONO CIMARRON

¡Hola! ¡qué presunción! ¿Seda crujiente
también envuelve vuestro talle esbelto,
y flores lleva vuestra erguida frente?

¿Sí? pues no más piedad, la charla suelto,
habrá felpa tendida y zurribanda;
no hay tregua, no hay perdón, estoy resuelto.

La del zapato blanco y de bufanda,
de enagua ampona y lúbrico descote;
curra maldita, llevarás tu tanda.

Las que a la caridad piden escote
para comprar sus dengues y monadas,
y hacer la dama donde más se note.

¿Las veis en el festín? ¡Ved qué estiradas!
picando con el pie la polca leve,
bailando las cuadrillas desmayadas.

¡Ay del escribientillo si se atreve
a decirles un *te amo* con desvelo!
¡qué San Quintín la chica les promueve!

Al hablar refinadas, con anhelo,
como que intentan pronunciar la *zeta*,
¡y no habitan siquiera un entresuelo!

Dicen que ya se hicieron la *tualeta*,
y que el tío marqués, o don Fulano,
las lleva en su carruaje a la retreta.

¡Qué entonación del "beso a usted la mano"!
¡qué almíbar al voluble lechuguino!
al hablar a los pobres, ¡qué desgano!

¡Vive Dios! si un porrazo no te atino,
gran tono cimarrón, entre las cejas,
me declaro Gran Cruz, noble y pollino.

¡No saben qué es tortilla ni lentejas!
Biftec, salmón, *rosbif* son sus comidas,
aunque tienen más carnes las abejas.

¡Oh damas de abalorio, presumidas!
¡oh vil moneda falsa, que te alteras,
y al contacto del aire ya te oxidas!

Tropa de derrengadas costureras,
raza de comerciantes de manteca,
¿por qué elevas tu vuelo a otras esferas?

¿Por qué el afán de figurar? ¿quién trueca
los goces de virtud y de talento
por hacer una Ariadna de muñeca?

¿No es, dime, para ti mayor tormento
que el novio en ciernes te visite un día
y descubra tu farsa y sufrimiento?

que mire tu salita de alcancía
y tus sillas con bilma, y un poblano
petate do la alfombra presumía?

¿No te da fiebre, no, que el sucio hermano,
desmintiendo tu pompa y tu riqueza,
atraviase la sala campechano,

con sombrero cual torre en la cabeza,
fondillo con tronera, y un mendrugo
para calmar de su hambre la fiera?

Qué ¿no es un espectáculo verdugo
que venga a verte la adorada prenda
(aunque de fijo el novio es un tarugo),

y te halle a oscuras; y, sin que él lo entienda,
la muchacha, escalando la ventana,
pida un *codal* en la vecina tienda?

Tú eres nieta del rico de La Habana,
¿y se va presentando un payo tío
o el calamocho suegro de tu hermana?

¡Qué bochorno! ¡qué afrenta! ¡cómo río!
¿y luego la que fía las indianas
con su vara de encino y con su lío?

¡Zurra, zurra a contrahechas cortesanas!
¿no es mejor la modestia en la pobreza
y quitarse de chascos y jaranas?

Y tú, vieja maldita y sin cabeza,
que por tener en zancos tus hijitas
fomentas su soberbia y su simpleza,

¿te dieron la pensión? pues ¿por qué quitas
a tus hijos el pan, y en los listones
malgastas lo que tanto necesitas?

Tú con tápalo vil; ellas, florones
en tápalos de gro; tú, la indianilla;
ellas baregs, y gasas, y crespones.

Vedlas atravesar con la sombrilla
y el *chal* a la francesa, los portales,
y tú, como verruga, en una orilla.

El hermanito, causa de sus males,
con el frac que heredó de sus mayores,
como un punto, con trazas infernales.

¿Las convidan a un baile? ¡qué sudores!
La llave servirá para el peinado,
El Siglo y *El Heraldo* de armadores.

“A Chonita su tápalo bordado,
a la mujer de Chucho los aretes,
el coche al del ‘Cajón del Sol Dorado’.”

Y va la criada y el hermano en fletes,
las suelas independen del zapato,
y reciben la paga en los cachetes.

¿Un tono se dará más mentecato?
¿no es costosa la necia perspectiva?
¿no es un sainete el infernal boato?

¿Tú eres, Paquita, la beldad esquiva,
la que ayer de Barreiro en los talleres
gastabas por costura la saliva?

Tú te finges la diosa de Citeres,
y oliendo viene el importuno aliento
a menudo... y ¡oh Dios! qué, ¿no te mueres?

Tú de grande reclamas el asiento,
¡y tienes a dos pasos la señora
a quien pides limosna veces ciento!

¿No pudre las entrañas, no encocora
limosna para guantes? ¡caracoles!
¡y en la casa se ayuna hora tras hora!

¿Limosna? para pan y para coles;
¿limosna? para pago de la escuela;
¿para un baile? le pongo tres bemoles.

Y va la vieja y cita con cautela,
luego que una limosna deja un rico,
sus cuitas y su larga parentela.

¿No te quemara Satanás el pico?
Como lechuza robas al hambriento,
para impulsar la polca y el zorcico.

Suele tal vez haber algún jumento
que vaya tras condesa cimarrona;
mas la intensa pasión dura un momento.

¿Casarse así? ya van... ¡como la mona!
Se deslumbra una noche, viene el día,
y se escabulle el novio a la otra zona.

¿Soy yo, pregunta, soy comisaría
para que estos malditos holgazanes
vivan contentos de la bolsa mía?

¿El diploma me han dado ¡con mil sanes!
de novio, o de Ministro de Fomento,
para allanar malezas y desmanes?

¿Soy novio o soy hospicio? ¿qué jumento
recoge como arnero esa basura
en que mi prole *in fieri* tome asiento?...

Y en doncellez altiva la hermosura,
aleja los humildes pretendientes,
aislada como buitres en esa altura...

Siempre con sus vestidos relucientes,
hasta que brilla lisonjero día
(que será el de los Santos Inocentes),

en que proclama su feliz enlace
con un adinerado del Bajío,
que sus sendos caprichos satisface.

Hay casa regia y palco... El novio pío
"ya al punto de la cuera me divorcio",
dice, y se pone el frac ¡qué desvarío!

Todos gratos celebran el consorcio,
hasta que se huye el payo derrotado,
sin pararse en pelillos ni en divorcio.

O bien algún tronera rematado,
fingese también noble, gran sujeto:
se forma el matrimonio encopetado.

Pasan días y días, sin respeto
se quitan en un punto los disfraces:
¿costurera? ¡gran Dios!... y aquel paleta

es el que entre silbidos contumaces,
en el teatro de un barrio, un Juan Tenorio
hace con otros pobres sus secuaces.

¡Entonces farsa se tornó el casorio,
y, dando a los arranques una tregua,
la doña Inés alista su envoltorio,

y va tras los laureles de la legua!...
Gran tono cimarrón, tano postizo;
tú eres bastardo de jumento y yegua.

Deja, beldad, aparecer tu hechizo;
que el lirio humilde, en su ignorado huerto,
más que rosa en vergel me satisfizo.

Más vale barca en su escondido puerto,
que mal aviado el rápido navío
sin brújula cruzando el mar incierto.

La fuente clara en subterráneo umbrío,
si no se aduerme entre esmaltadas flores,
tampoco la oscurece el polvo impío.

No da el brillo el placer: en copa de oro
se han servido intensísimos venenos;
también en un festín se vierte lloro.

Nadie deje su esfera, que los buenos
buscan pobre, apartada, la belleza
en sus lagos tranquilos y serenos.

Muchachas pobretonas, la cabeza
levantad y decid con frente ufana:
"¡Late un buen corazón bajo esta indiana;
que la virtud ilustra a la pobreza!"

LOS NENES

Retorcido bigotito
que son dos colas de rata,
no tiene en vestir prurito
ni en el guante y la corbata,
el amor le importa un pito
porque su amor es la plata,
por ella anda y va y viene,
¡y es un nene!...

¡Amor!... para él la mujer
¡es tan falsa! ¡tan veleta!
que al Norte apuntaba ayer,
y hoy se vuelve al Sur, coqueta,
de quitar y de poner
debe ser sólo una treta,
según el mundo que tiene...
¡y es un nene!...

Sueña con ser periodista
sin saber el *be a ene ban*;
era un estúpido Arista
y Zavala era un bausán,
es de borricos la lista

éstos que mandando están...
y en el café lo sostiene,
¡y es un nene!...

Parodiando al "Nigromante",
compara a Dios al casero,
dice que el Papa es tunante,
y el Evangelio embustero;
que la monja es un diamante
de los tesoros del clero...
que él a una monja mantiene,
¡y es un nene!...

Nunca fué don Juan Tenorio
como él en las aventuras,
diez veces pidió casorio
e hizo rabiar a los curas;
en almas del purgatorio
tomó cincuenta hermosuras
en quienes sucesión tiene...
¡y es un nene!...

La amistad es un contrato
de que el vivo saca raja
y en que sólo un mentecato
por el amigo trabaja;
¡amistad! bueno es un rato
entre el vino y la baraja,
para más... no le conviene,
¡y es un nene!...

Caballos, armas, festines,
se disputan su hidalguía;

descansa entre espadachines
del insomnio de la orgía:
o bien gozan sus tomines
las hijas de la alegría,
hasta que el sífilis truene;
¡y es un nene!...

Lleva el sombrero a la frente,
y en el bolsillo pistola,
como quien dice a la gente
"¿a ver quién me hace mamola?"
¡México! mira un valiente,
que si le chistas te inmola
que se bate, llueva o truene,
¡y es un nene!...

Si un padre, y está en razón,
le niega a su hija, le reta,
¿tiene alguna otra opinión?
pues diez pasos y escopeta...
A todo satisfacción,
hasta porque escribió *zeta*
donde *ese* sólo conviene,
¡y es un nene!...

Es el siglo ¡oh gente nueva!
gritan maldecidos viejos;
que recen para que llueva,
al diablo con sus consejos;
la juventud sólo prueba,
¡atrás! risibles cangrejos,
que aquí mi brazo interviene,
¡y es un nene!...

G U I L L E R M O P R I E T O

Viva el buen tono; a las bellas
tratarlas al estricote...
dejarlas por las botellas
o que entren en el escote
de nuestro amor sin querellas;
las viejas que toquen trote
sin espiar al *caro bene*,
¡y es un nene!...

Si pesca una charretera,
¡santo Dios! bufa ordinario,
y a todos arma quimera
porque a todos es contrario;
no hay que apuntarle siquiera
que ignora el abecedario
porque airado os reconviene,
¡y es un nene!...

Secuestra en danza lasciva
insolente a vuestra esposa;
entre mis brazos se priva
en postura indecorosa...;
mas cuidado quien le priva
de diversión tan graciosa,
pues bailando se entretiene
¡y es un nene!...

Se lamenta de gastado
y que no tiene ilusiones;
el que ama es un atontado,
hay patria donde hay tostones:
son tortas y pan pintado
talentos y corazones;

M U S A C A L L E J E R A

él a la *mosca* se atiene,
¡y es un nene!...

¡Y callo, que los desdenes
del poder fueron mi antojo,
mas tiemblo con el enojo
de los nenes!

A UNO DE TANTOS

Ven a cuentas, pollo implume,
 respóndeme, pollo audaz;
 tú que tragabas camote
 decorando el *be a ene ban*.
 tú a quien tu supino atraso
 hizo a tus padres pensar
 si era mejor darte alfalfa
 porque humillabas al pan,
 ¿qué rayo de luz divina,
 qué astro sobrenatural
 te ha convertido en momentos
 de ciencia infusa en un mar?
 Ya te tuteas con Shakespeare,
 ya le zurras a Bismarck;
 ya armas San Quintín a Comte,
 ya a Morse haces sudar,
 ya te hombreas con Spencer
 y le vapulas a Ban,
 y cuando no a Canalejas,
 desplumas a Castelar.
 ¿Dime, qué, entre los *coplantes*
 de Plateros y el Portal
 pueden pescarse los juicios

que haces tú de EcheGARay,
 y de si el positivismo
 ha derrotado al ideal?
 ¿Con Lavalad discutiendo
 de pomadas al pasar,
 sabes que no nos conviene
 la Carta fundamental?
 ¿Y por el forro esos libros
 has solido divisar?
 Vamos, pollito, responde,
 pero responde formal:
 ¿sabes tú con tu derecha
 a tus solas atinar?
 ¿sabes hallar en un mapa
 sin turbarte, a Cuautitlán?
 ¿Cuando se habla de Iturbide,
 qué, no sabes preguntar
 si es el hotel o si es gente,
 si es un valse o un manjar?
 Ciencias, finanzas, esgrima,
 versos, crónica social,
 y tecnicismo de guisos,
 y reglas para danzar,
 todo lo abarca, maldito,
 tu excelsa capacidad.
 ¿Cómo no quieres de un salto,
 siendo apero de billar
 y masón, y gran duelista,
 y amigo del general,
 ser jefe de una oficina
 o una curul asaltar...
 o a una legación marcharte
 para dejarnos en paz?
 Piensa que diciendo: "Otero

Con todo y que es un camello,
entró al ministerio y ¡zas!
puso como el tío Tomás
impuestos hasta al resuello.
¿Cómo a él, tonto sin sustancia,
no costó el proyecto el cuello?
Por ser hombre de importancia.

Los meneos de cabeza
son su altanero lenguaje;
califican de agudeza
hasta alguna tos salvaje
con que oculta su ignorancia,
sin hallar quien le aventaje,
pues si es hombre de importancia.

Llama al poeta, insensato;
y al orador, parlanchín;
Voltaire, es un mentecato;
Volney, es un galopín;
cuentos Sagunto y Numancia;
pues ¿qué vale?—Chist, pazguato,
que es un hombre de importancia.

No tiene disperso un pelo
sobre la aplastada frente;
en sus tarjetas, ¡qué anhelo!
su calzado ¡qué luciente!
No le falta circunstancia
desde el sombrero al pañuelo;
¡vaya un hombre de importancia!

Es siempre socio honorario
de sociedades sin cuento,

y, o guarda un reglamento
o tiene un escapulario;
pero aliviar un momento
a la vejez o la infancia,
no, que es hombre de importancia.

Nada le causa interés:
padece a menudo flato,
se le ha puesto que es inglés
y está insufrible el mulato
con su esplín y su arrogancia
y su *beefsteak* y su *yes...*
Ved a un hombre de importancia.

EL CURA DE JALATLACO

Cuenta formal la leyenda
que había un cura ladino,
muerto por armar contienda
por los chismes del vecino.
No le faltaba su taco,
pero le sobraban penas;
y oye, Paco,
murió por cuitas ajenas
el cura de Jalatlaco.

Visita Juan a Bartolo,
y hay chacota y hay placer;
pero cuando Juan va solo,
se duerme a más no poder...
Yo consecuencias no saco,
esté despierto o dormido:
porque oye, Paco,
se murió de entrometido
el cura de Jalatlaco.

Es pálida y es delgada
por las mañanas Juanita,

y en la noche si hay visita
se ve gorda y colorada.
¿La luz influye en lo flaco?
¿se engorda con el sereno?
Escucha, Paco,
murió de un cuidado ajeno
el cura de Jalatlaco.

Quitando a su mente dudas,
dice el agiotista Vargas:
"Siempre no son tan amargas
las lágrimas de las viudas".
Y hace dinero el bellaco
mientras perecen las viejas;
pero oye, Paco,
murió por ajenas quejas...
el cura de Jalatlaco.

Llora porque duerme sola
Pepa; mas como es prudente,
no es ante toda la gente,
sólo cuando está Mendiola...
¡Qué miedo tan currutaco!
esos miedos son fatales;
mas oye, Paco,
murió por ajenos males
el cura de Jalatlaco.

Tiene Rita la fortuna
de que duden los tunantes
de si tiene o no habitantes
como si fuera la luna;
se la ve de rostro flaco,

y el mirar semi-lloroso:
pero oye, Paco,
dizque murió por curioso
el cura de Jalatlaco.

Viendo en danzas y en conciertos
a las sobrinas del cura,
dijo uno con travesura:
"Algo producen los muertos".
Hay flores de camposantos,
las hay, lo juro por Baco...

Mas murió, Paco,
por los ajenos quebrantos
el cura de Jalatlaco.

Como paloma y palomo,
puesto que a nadie interesa
viven la linda condesa
y su lindo mayordomo.
De toda la hacienda engorda
ella sola. ¡Qué bonitos!

Mas oye, Paco,
murió por salir con pitos
el cura de Jalatlaco.

Ama al nene Rosicler
Juana, y deja al buen Canseco.
¿Cuándo duda una mujer
entre un hombre y un muñeco?...
Nada a Rosicler achaco...
No habrá gasto, si habrá chicos...

Murió, Paco,
por andarse en pardos picos,
el cura de Jalatlaco.

Si se trata de Justicia,
duermen moros y cristianos,
y duermen niños y ancianos
con tratados y milicias...
Mas si se habla de tabaco,
todo *quidam* estornuda...

Murió, Paco,
por aclarar una duda
el cura de Jalatlaco.

Bien se está San Pedro en Roma,
y santo o demonio Alcorta,
vale que a nadie le importa,
y con su pan se lo coma.
Siempre el gordo vence al flaco,
y son del pobre las penas;

pero oye, Paco,
murió por cuitas ajenas
el cura de Jalatlaco.

LETRILLA

¡Que viva la gresca,
 que se alce el cotarro!
 cuánto hace, ¡caramba!
 que no alborotamos:
 ni cierran las puertas,
 ni corren soldados,
 ni llueven los planes,
 ni gritan muchachos,
 ni se entra y se sale
 de prisa en Palacio,
 ni el ferro proclama
 con sendos pitazos,
 que se arde el Oriente,
 que tiembla el Ocaso.
 Las casas de empeño
 ya emprenden trabajos
 chacós sacudiendo,
 pistolas limpiando,
 de alfanjes tremendos
 nutriendo el abasto.
 Las novias cuñadas
 que viven a plazo
 llorando a sus solas

rigores del hado,
 temiendo los celos,
 ausencias y chascos,
 ya ven su Tenorio
 sentado en Palacio
 con nuevo sorbete,
 botín charolado,
 pistola en el cinto,
 varita en la mano.
 Los fieros ingleses
 del mísero anciano
 que al borde del Zócalo
 llorábase náufrago,
 hoy saben que puede
 ser un comisario,
 o jefe de Hacienda,
 o ministro acaso,
 y están generosos
 haciendo agasajos.
 ¡Que viva la gresca,
 que se arme el cotarro!
 Mudemos, amigos,
 de naipes y banco,
 que se armen corrillos
 do mil desalmados
 digan entre injurias
 que muera el tirano,
 el tirano imbécil
 que les dió zapatos,
 y al fin generoso
 los sacó del rancho.
 Las aves de pluma
 se ven revolando
 sin hallar abrigo,

sin sombra y sin árbol,
 buscando *principios*
 y *sopas* no hallando.
 Que siga la gresca,
 que siga, muchachos,
 que si hay paz, nos llevan
 toditos los diablos.

LETRILLA

En medio a la noche,
 sobre de un pretil
 tañendo contento
 jovial bandolín,
 un pillo repillo
 me cantaba así:

Fidel, no te vayas,
 no partas de aquí,
 que aquí todo es broma:
 ¡Oh, qué buen país!
 ¡oh, qué buen país!

Se viene a estas playas
 cualquier zarramplín,
 más zote que un asno
 con defectos mil;
 mas si por Palacio
 se logra escurrir
 y charla de Bancos
 o ferrocarril,
 si aturde a un magnate,
 tendrá un Potosí;

y el que por su tierra
cargaba un quimil,
tendrá sus frisonas,
saldrá en tilburí,
y es mucho si canta:
¡Oh, qué buen país!
¡oh, qué buen país!

A cierto perdido
ha un año que vi
bebiendo tlamapa,
más flaco que un juil;
se dice no sabe
ni leer ni escribir,
pero en las revueltas
se metió en la lid:
ya es prócer, ya Marte
le ha llamado a sí...
ya bebe champaña,
y en calma es un Cid,
y charla de leyes,
y en el porvenir
en ser presidente
preocupa el magín.
¡Oh, qué buen país!
¡oh, qué buen país!

Si un nene es despierto,
ya es niño feliz;
sus padres le aprontan
comer y vestir;
si quiere a una niña,
cien chicos y mil
pretenden se enlace

con su olmo la vid.
¿Y el gasto?—Lo suelta
su padre infeliz,
o bien el Tesoro
sostiene su *chic*.
¡Oh, qué buen país!
¡oh, qué buen país!

En círculo alegre,
formando festín,
pirujas amables
consiguen reunir
la flor y la pompa
de grey juvenil;
las chicas y el trago,
jugar y reir...
te auguran ¡oh patria!
feliz porvenir.
¡Oh, qué buen país!
¡oh, qué buen país!

¿Se piensa en valientes?
Yo os daré un sinfín
que armando camorra
se quieran lucir.
¿Queréis literatos?
No hay más que pedir;
tendréis por arrobos
la gualda y zafir,
y espectros de soles,
y un mar de rubí,
y arañas fulgentes
en cielo turquí.
¿Os tira por santos?

¡Es grano de anís!
 La *Voz*... y las beatas
 que la alba al salir,
 de saya y rosario
 se escapan... y así...
 se agencian la gloria
 de aquí para allí.
 ¡Oh, qué buen país!
 ¡oh, qué buen país!

¿Trabajo? En los *clubs*.
 ¿Estudio?... ¡Infeliz!
 ¿El genio? Ya nace
 sabiendo latín.
 ¿Y la honra? Es de tontos.
 ¿Y la patria?... ¡Pisch!
 la patria... es el sueldo,
 si no... *c'est fini*.
 ¡Oh, qué buen país!
 ¡oh, qué buen país!
 ¡cuidado, muchachos,
 quien sale de aquí!

LETRILLA

Con acento de alfeñique
 y con andaluz jaleo
 cuando el triunfo del manteo
 anunció el traidor repique,
 entró en casa don Fadrique
 aumentando la boruca
 y le dijo a su hija Cuca
 moviendo alegre los pies:
Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! te pido por yerno un francés.

¿Ves, papá? Miró el balcón,
 ¡qué gorro! Oficial decente:
 ¿Ves cómo se para enfrente?
 Tal parece un Napoleón.
 ¡Cuál me late el corazón!
 ¡ay! yo me inquieto, suspiro,
 ¡ay, papá! ya me retiro;
 ¡qué hermoso sombrero al tres!
Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! saluda, saluda al francés.

¡Papá! el oficial de ayer...
 ¡Ay! y viene para acá;
 recíbalo usted, papá...
 —Hija, no te ha de comer.
La portavú ¡qué placer!
 La mano, dale la mano.
 ¡Qué señor tan cortesano!
 ¡qué bien estamos los tres!
Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! qué gusto que vino el francés.

Tendré guardia de soldados
 con monteras encarnadas,
 me dirigirán miradas
 los próceres humillados:
 en espléndidos estrados
 se ostentará mi visita,
 aunque complete Lazpita
 mi deficiente del mes.

Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! qué gusto que vino el francés.

Ya el francés manda en la casa
 y le quitan los sombreros.
 “¡Cosas de los extranjeros!”
 dicen cuando se propasa.
 Come el güerito sin tasa,
 y cuando piensan que yerra,
 exclaman: ¡si por su tierra
 son las cosas al revés!
Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! da gusto, da gusto el francés.

Quiso el francés un abrazo
 y la niña resistía;
 el papá, que la veía,
 no manifestó embarazo.
 ¿Cómo no estrechas un lazo
 con quien tiene su importancia?
 ¡Qué dirá la culta Francia!
 —*Tres bien...*, hija mía, ¿lo ves?
Te abraza el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! contenta, contenta al francés.

Ya están como dos pichones
 el galo y la mexicana;
 tal los halla la mañana,
 tal el toque de oraciones.
 Dicen *oui* los marmitones,
 y el papá con serio empaque
 deletrea el Telemaque
 con vivísimo interés...
Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡ay, hija! te pido por yerno un francés.

Ya platica sin misterio
 papá las gracias de su hija;
 con Forey se regocija,
 idolatra al ministerio
 y si de algún gatuperio
 habla la gente aturdida,
 él dice: “No, por mi vida,
 suegrecitos de entremés...”
Ya vino el güerito, me alegre infinito,
mi casa dichosa visita un francés.

BOLEROS

Chinita de la frente,
la de ojos negros,
la que tiene los labios
de caramelo,
no me desdén,
pues queriéndome matas
víbora en viernes.

Son tu rostro las rosas
y los claveles,
y mi alma es el arroyo
de los vergeles.

Graciosa chata,
que reciba tu pecho
sus limpias aguas.

No está el cielo tan lejos,
que está en tu frente,
y yo para salvarme
quiero poserte;

mas tu San Pedro
no quiere que me salve
sin ser mi suegro.

Dame tu mano linda...
después, los brazos;
y después... lo que quieras,
que eso va en garbos.

Todo es que empieces,
que envician los halagos
como las nueces.

Arriégate un poquito,
mírame a solas,
piensa en que los mirones
necios estorban;
y donde hay vieja
sólo los candorosos
el albur juegan.

De mi lealtad, mi vida,
no tengas duda,
que para cualquier lance
tengo dos curas:
el del curato,
y el de sorbete y leva,
que es retemanso.

Habla, que tu silencio
me entrega al diablo;
mata más una duda
que un desengaño;
y en estos fríos
me parecen las horas
siglos y siglos.

Ella le escuchó atenta
con cierta risa,

y, guiñándole el ojo,
 porque es indina,
 le dijo: "Quieto,
 que no soy escopeta,
 mi dulce dueño.

"Si usted quiere de veras
 conmigo tratos,
 dé usted su vueltecita
 por el curato...

Mientras... no pida,
 y busque su remedio
 en la botica".

LAS LUCES DEL CARMEN

¡A las luces del Cárnel
 vámonos, niña,
 a las luces del Cárnel,
 que están divinas!

Parecen de fuego
 las calles y esquinas,
 por aquí colgajos,
 por allá *vendimias*,
 y en los mil balcones
 vistosas *cortinas*
 sembradas de flores,
 colgando sus cintas.
 En medio las calles
 se miran en filas
 las cien luminarias
 que todo iluminan.

¡A las luces del Cárnel,
 vámonos, niña,
 a las luces del Cárnel,
 que están divinas!

En cada accesoría,
que brota alegría,
vistosos faroles
los ojos devisan,
de vidrio y papeles,
de goma y de tripas;
y véñse linternas
con mil figuritas,
que están dando vueltas
recreando la vista.

¡A las luces del Cárnel
vámonos, niña,
a las luces del Cárnel,
que están divinas!

Verás y qué guapa
la gente se apiña,
los rotos y rotas,
los ricos y ricos,
verás qué contentos
y qué algarabía.
Puestos de *tostado*,
naranjas y limas,
mesitas con fiambres,
barriles con *chicha*,
y allá los biñuelos
la apetencia incitan,
sobre su cazuela
que chilla, que chilla.

¡A las luces del Cárnel
vámonos, niña,

a las luces del Cárnel,
que están divinas!

Verás en la ilesia
la Virgen María
con el Santo Niño
que muere de risa.
¡Qué música aquíella!
¡Qué voces divinas!
Y un mundo de luces
en lo alto, y cornisas
con tantos candiles,
con tantas bandillas,
que son como bosques
de encanto y delicias,
y ajuera en holgorio
las bombas y esquilas.

¡A las luces del Cárnel
vámonos, niña,
a las luces del Cárnel,
que están divinas!

En medio a la bola
de cantos y risas,
la turba de chicos
feliz se amotina,
siguiendo al *torito*
que furioso gira;
por allá atropella,
por aquí derriba,
y el tambor sonante
le sigue la pista,
mientras en los aires,